

	PÁGINA
244. Modificación del mismo pesario por Thomas.....	854
245. Operación de Sims; elitorrafiá.....	855
246. Operación de Emmet; elitorrafiá, primer tiempo.....	855
247. La misma operación, segundo tiempo.....	856
248. Denudación oval para la elitorrafiá.....	856
249. Sonda de Elliot.....	858
250. Sonda de Jennison.....	858
251. Dilatador de muelle, de Ellerslie Wallace.....	859
252. Pesario de anteversión y anteflexión de Thomas.....	860
253. Pesario de anteversión, de Thomas, con proyección fija.....	860
254. Otro pesario de anteversión, de Thomas, según aparece en la vagina.....	860
255. El mismo pesario en posición.....	860
256. El mismo al sacarlo.....	860
257. Otro pesario de anteversión y anteflexión, de Thomas.....	861
258. Pesario elástico de Thomas, para dislocaciones anteriores.....	861
259. Pesario de T, de Cutter, para dislocaciones anteriores.....	861
260. El mismo pesario modificado por Thomas.....	861
261. Pesario de Fowler, para dislocaciones anteriores.....	861
262 y 263. Posición genu-pectoral: su efecto en la retroversión de la matriz... 861 y	862
264. Pesario elástico de bulbo.....	862
265. Pesario anular elástico de Meigs.....	862
266. Pesario de Cutter, modificado por Thomas.....	863
267 y 268. Acción de dos fuerzas necesarias en algunos casos de retroflexión de la matriz.....	863
269. Pesario de retroflexión, con apoyo cervical.....	864
270. Modificación del pesario de Cutter, con apoyo cervical.....	864
271. Anteflexión del útero.....	864
272. Retroflexión del útero.....	865
273. Inversión parcial del útero.....	865
274. Inversión completa.....	865
275. Pólipo de la matriz.....	865
276. Pólipo fibroso.....	865
277. Útero parcialmente reducido, y sostenido por la oclusión del orificio externo. (Emmet.).....	867
278. Hematocele subperitoneal. (Emmet.).....	869
279. Incisión del cuello uterino con el termo-cauterio de Paquelin.....	870
280. Sierra de cuchara.....	870
281. Sonda elástica y plana, de ballena.....	870
282. Adherencia de un fibroide.....	871
283. Un tumor encerrado en la pared posterior del útero.....	872
284. Torniquete (clamp) de Thomas, abierto.....	875
285. El mismo torniquete cerrado.....	875
286. Tenaza para la amputación del cuello uterino.....	878
287. Amputación del cuello uterino y de las partes superiores adyacentes.....	879
288. Dilatador de Schultze.....	881
289. Trócar y cánula de Emmet para la punción de los quistes.....	885
290. Otro torniquete (clamp) de Thomas.....	886
291. Tubo de drenaje, de Thomas.....	886
292. Catre para en caso de fiebre.....	887

DR. JOSE IGLESIAS

ENFERMEDADES DE LAS MUJERES.

CAPÍTULO I.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA GINECOLOGÍA.

Hoy en día, cuando se estudian con tanto ahínco las enfermedades de la mujer, es casi indispensable que los capítulos puramente prácticos de un tratado sistemático de ginecología vayan precedidos de algunas consideraciones históricas. El conocimiento de los hechos referentes á una ciencia, cualquiera que esta sea, y de las nociones que acerca de ella se poseían en tiempos remotos, no puede ménos de interesar al estudiante, haciéndole mas apto para apreciar los adelantos modernos, é inspirándole afición á la literatura antigua, en la que abundan indicaciones útiles, susceptibles de germinar, con beneficio de la humanidad. No pocos de los descubrimientos mas valiosos de la ginecología moderna habían sido pronosticados, y aun á veces claramente aludidos, por los autores antiguos, olvidándose luego por completo; de lo cual podrían citarse muchos ejemplos, como el del uso de la sonda uterina y las esponjas preparadas, el de la dilatación del cuello del útero cuando aquel se halla contraído, y aun el del mismo spéculum. Mas, para casos de esta especie, no es necesario registrar la literatura antigua, que ninguno ofrece mas notable que el del excelente procedimiento de Sims para la fistula vesico-vaginal; el cual, descrito minuciosamente en 1834, se olvidó despues tan completamente que al cabo de veinte años pudo aceptarse como operación del todo nueva.

No cabe duda de que los antiguos egipcios poseyeron conocimientos de medicina como ciencia. Plinio dice que, en tiempo de los Tolomeos, se estableció en Alejandría una escuela de medicina, sancionándose por la ley las disecciones del cuerpo humano. Como oculistas, los egipcios parecen haber sido especialmente hábiles, y es probable se ocupasen en el estudio de las enfermedades de la mujer, pues de las seis obras de medicina de la colección Thoth, que consta de cuarenta y dos tomos, se hace particular mención de una, en que se trata de aquella materia.¹

¹ Anotaciones preparadas para el autor por el Dr. C. Rodenstein.

Algunos egiptólogos modernos han llegado hasta decir que la forma del útero aparece entre los geroglíficos. De la estension de los conocimientos ginecológicos de los egipcios, nada sabemos, pues la literatura de tan interesante pueblo nos fué desconocida hasta que el genio de Champollion descubrió, hace pocos años, la clave para interpretarla; pero es lícito esperar que el porvenir arrojará sobre aquella cuestion mas luz que el pasado, por cuanto Herodoto¹ afirma terminantemente que en Egipto había especialistas. "Aquí, dice, cada médico se ocupa de una sola enfermedad. En todas partes abundan los médicos; unos se dedican á los ojos, otros á los dientes, otros á las partes cercanas al vientre, y otros á las enfermedades internas."

En la literatura bíblica, de tan fácil acceso para todos, no ménos escasas son las alusiones al asunto que nos ocupa; encontrándose apenas en ella, desde el tiempo de Moisés (por los años 1,500 ántes de J. C.) hasta el de Hipócrates (400 ántes de J. C.), algun ejemplo de conocimientos positivos de este género. Esto parecerá tanto mas extraño, si se tiene presente que en el Talmud se hallan pruebas de grandes conocimientos acerca de la operacion cesárea, y otros ramos de la obstetricia; que en los libros de Moisés se hace inteligente mención del hímen y de la menstruacion; y que en el Nuevo Testamento San Lucas, médico de aquellos tiempos, refiere el caso de "una mujer que tuvo un flujo de sangre durante doce años, y que había gastado todos sus haberes en médicos, sin que ninguno pudiese remediarla," etc.

Aunque tan poco sabemos respecto de los conocimientos que sobre esta materia poseyeron los predecesores de los griegos en civilizacion, es indudable que de aquellos recibieron estos mucha parte de su instruccion, tanto en este como en otros ramos del saber humano. La historia en todas partes nos demuestra que los egipcios instruyeron á los griegos, y estos despues á los romanos.

Es preciso admitir, segun el conocimiento que hoy tenemos de la literatura de las civilizaciones mas antiguas, que con los escritos de la escuela griega, fundada por Hipócrates, empieza la historia de la ginecología. Tres volúmenes sobre esta materia se deben á autores contemporáneos de Hipócrates; y, aunque generalmente se le han atribuido á este, el Dr. Francis Adams, traductor de las obras de Hipócrates para la Sociedad de Sydenham, los califica de "antiguos, pero espúrios, y de autores desconocidos." En estas obras se trata de la metritis, induración, perturbaciones menstruales, dislocaciones, etc. Areteo, Galeno, Arquígenes y Celso, que probablemente florecieron en los siglos primero y segundo, trataron de la ginecología: el primero de ellos describe el tacto vaginal, las distintas especies de leucorrea, y la ulceracion del útero; el segundo, fué el primero que hizo mención del spéculum vaginal como instrumento distinto del usado para el ano; y el tercero hace la descripción del flemon peri-uterino, con lo

¹ Libro ii., cap. 84.

que demuestra haber sabido al ménos que los tejidos que se hallan en íntima conexión con el útero son propensos á una flegmasía supuratoria, cuyos productos purulentos se abren paso por la vagina y el recto.

Sorano el jóven enriqueció la ginecología con trabajos importantes. Educado en Alejandría, fué á Roma en el año 220 ántes de J. C., donde escribió su tan celebrada obra intitulada *De Utero et Pudendo Muliebri*. Es el historiador mas antiguo de medicina y biógrafo de Hipócrates. Sus exactas descripciones de los órganos genitales fueron muy admiradas; y se empeña en asegurar á sus lectores que sus disecciones fueron hechas en cadáveres humanos, y no en monos, como las de Galeno y otros. Compara la forma del útero á la de una ventosa, demostrando la relacion de aquella víscera con el íleon y el sacro, y dando á conocer los cambios que sufre el hocico de tenca durante la preñez; atribuye el prolapsó á la separacion de la membrana interna del útero; hace referencia á la simpatía que existe entre la glándula mamaria y la matriz, y describe el hímen y el clítoris (1).*

En los siglos posteriores á aquella época se encuentran testimonios abundantes de haberse proseguido activamente el estudio de la ginecología; pero como muchos de los trabajos de los autores de aquellos tiempos están truncos, y se sospecha con razon que otros sean apócrifos, los pasamos por alto, deteniéndonos ante la concienzuda compilacion de Aecio, quien floreció en el siglo sexto de la era Cristiana. Sus obras, recopiladas en la gran biblioteca de Alejandría, contienen un resumen de los progresos y conocimientos de sus predecesores y sus contemporáneos, presentando el testimonio mas completo y fidedigno del saber de aquellos tiempos. Téngase entendido que al citar á aquel sabio y á Pablo de Egina, sucesor inmediato suyo y tambien compilador, aunque mucho ménos escrupuloso, no consigno las opiniones de estos individuos, y sí las de los médicos que aparecieron desde la época de Hipócrates hasta la de las mencionadas compilaciones, esto es, un período de mil años próximamente.

Aecio, en su libro xvi, discurre tan sabiamente sobre las enfermedades de la mujer, que es imposible no reconocer en él un conocimiento íntimo de un gran número de dolencias y de medios de investigacion y tratamiento, de los cuales no pocos han sido descubiertos nuevamente, al cabo de mil trescientos años, y aceptados por nosotros como nuevos. Hace mención, por ejemplo, del spéculum, las esponjas preparadas, el flemon peri-uterino, los pesarios medicamentosos, las inyecciones vaginales, el uso de escaróticos en las úlceras del cuello, la dilatacion de este último cuando se halla contraído, una sonda para reponer el útero, etc.

Segun he dicho ántes, Galeno alude al spéculum vaginal en el

* Los números colocados de este modo entre paréntesis hacen referencia á otras tantas notas, reunidas al fin de la obra. Este conjunto de notas constituye, por una parte, los nuevos hechos ó teorías consignadas en el texto y por la otra los progresos obtenidos últimamente en ginecología.—(Nota del traductor de la segunda edicion española.)

siglo segundo; pero Aecio lo hace con mayor claridad aun, sentando, para su introduccion, reglas que Pablo de Egina, sin indicar á su autor, copia casi textualmente. Aecio describe por estenso el uso de los dilatadores de esponja, indicando el modo de prepararlos, y aun aconsejando se les pase por el centro un hilo para retirarlos, y que se usen sucesivamente hasta que se obtenga una dilatacion completa. Advierte además, con detenimiento, la importancia de las inyecciones, de la ducha, de los baños de asiento, de la aplicacion de cáusticos á las úlceras del cuello, y para la dilatacion de este, cuando se halle contraido, recomienda se emplee un tubo de estaño. No menor que en nuestros dias era la diversidad de inyecciones vaginales en tiempo de los griegos, los cuales empleaban, exactamente lo mismo que nosotros empleamos, la corteza de granado, nuez de agallas, alumbre, aceite de rosas, llanten, zumaque, etc., como astringentes; y como emolientes, la linaza, dormideras, cebada, etc. Para curar las ulceraciones é ingurgitaciones inflamatorias, confiaban mucho en los pesarios medicamentosos, confeccionándolos de lana cubierta de cera ó manteca mezclada con azafran, cardenillo, litargirio, etc.; y Octavio Horaciano llega hasta recomendar para las úlceras de muy mal carácter una mezcla de arsénico, sandaraca y cal viva. Aecio, además de las inyecciones y pesarios, alude al uso de vapor, conducido por medio de una cánula hasta el cuello de la matriz; y, en un párrafo en que aconseja se rectifiquen las dislocaciones del útero *specillo et digito*, el mismo autor menciona la introduccion de una sonda uterina en aquel órgano para su reposicion.

Pablo de Egina, sucesor de Aecio, se refiere categóricamente al *spéculum* como instrumento que habia sido de uso general en época anterior á la suya. "Por lo tanto, dice, si la ulceracion está al alcance, se reconoce por medio del dioptra, y por el flujo si es profundo su sitio." En otro lugar añade que "la persona que use el *spéculum* debe medir con una sonda la profundidad de la vagina de la mujer, á fin de no comprimir el útero si el tubo del *spéculum* fuere demasiado largo."

Es interesante observar cómo muchas cosas, aun de las de poca importancia relativa, presentadas por nuestros contemporáneos como descubrimientos suyos, habían sido descubiertas ya por los antiguos. Los griegos, por ejemplo, describieron y recomendaron el pesario de aire, popularizado despues en Francia y otros países por Gariel; y Colombat afirma que "los médicos de la Grecia antigua usaban pesarios análogos á los que acabamos de mencionar (pesarios de aire), de la forma y tamaño del órgano viril, por lo cual los llamaban *πριαπίσχωτα*, ó pesarios priapiformes."¹ Albucasis describe los herpes uterinos en 1104, y Pablo Egineta² alude á las hemorroides del útero de esta manera esplicita: "Las hemorroides se forman alrededor de la boca y cuello de la matriz, pudiendo descubrirselas con el *spéculum*." Sucede lo mismo con tan-

¹ Enfermedades de las Mujeres, obra traducida por Meigs, p. 152.

² Edicion de la Sociedad de Sydenham, t. 1°, p. 645.

tas otras sugerencias modernas, que el estudiante de literatura antigua no puede ménos de admitir gustoso la verdad de la proposicion formulada por Aristóteles hace mas de dos mil años: "Es probable que el dominio de todo arte y de toda sabiduría se haya explorado ya completamente repetidas veces, olvidándose siempre del todo sus tesoros."

Las obras de Celso, Aspasia, Moschion, y Antillo, prueban abundantemente que la escuela romana, rama de la griega, se apropió los conocimientos de esta. Pero la sabiduría de las escuelas de Grecia y Roma estaba destinada á esparcirse por el mundo, pasando como trofeo de guerra á manos de los invasores musulmanes, en tiempo de la subyugacion de Egipto y de la destruccion de la famosa biblioteca de Alejandria, por los Sarracenos, en el año 640 despues de J. C. "Los fanáticos mahometanos, dice el erudito Draper,¹ cambiaron completamente de apariencia en pocos siglos. La conducta de los árabes cuando conquistaron á Egipto fué la de acérrimos fanáticos, justificando así que algunos los acusasen de haber incendiado la biblioteca de Alejandria para calentar los baños. Pero apénas se establecieron en sus nuevos dominios, se efectuó en ellos un cambio extraordinario, trasformándose de súbito en cultivadores amantes y celosos de las ciencias." Reconocieron como á maestros suyos á los médicos de Alejandria, dando así principio á la escuela árabe. Entre otros conocimientos, adquirieron, por de contado, el de la ginecología, cuyo estudio, sin embargo, no prosperó entre ellos, por prohibir la ley mahometana el exámen de la mujer por el hombre. En vano Rhazes, Avicena y sus sucesores copiaron á los autores griegos, pues la falta de ahinco, debida á la ausencia de medios de observacion, y de esperiencia individual, dió lugar á que se fuera olvidando poco á poco aquella ciencia, y quedara finalmente sepultada en la oscuridad por muchos siglos. Albucasis, uno de los últimos de esta escuela, floreció hácia fines del siglo undécimo; y si bien despues de él aparecieron de tiempo en tiempo algunos autores de mas ó ménos mérito que trataron de las enfermedades de la mujer, nada dejaron que digno sea de especial mencion, escepto alguna que otra alusion al *spéculum*, el que evidentemente habia caido casi completamente en desuso.

Los datos que poseemos son, pues, suficientes para justificar la creencia, de que los médicos que existieron desde la fundacion de la escuela griega de medicina (400 ántes de J. C.), hasta la dispersion de la escuela de Alejandria por los sarracenos (640 de nuestra era), poseyeron bastantes conocimientos ginecológicos, y métodos de investigacion que despues se perdieron ó dejaron de apreciarse; y plenamente corroboran el aserto del traductor inglés de las obras de Hipócrates, de que "nos dan pruebas las mas concluyentes de haberse cultivado el arte de la obstetricia, en tiempos remotos, con una habilidad extraordinaria."

No debe suponerse, sin embargo, que fué el conocimiento de los anti-

¹ Intellectual Development of Europe, p. 285.

guos tan exacto y científico como el que poseemos desde la introducción moderna del spéculum; y seguramente se engañaría el que pretendiese buscar en aquella literatura datos patológicos claros y terminantes. No diferenciaban bastante la flegmasia uterina simple de la puerperal; confundían las afecciones de este órgano con las del tejido areolar de la pelvis; y no distinguían las enfermedades de la membrana mucosa de las del parénquima, ni los estados mórbidos del cuello de los del cuerpo del útero. Muchos de sus remedios consistían en sustancias que en el día se consideran inertes ó perjudiciales, como el escremento de paloma, la leche de la mujer, los tuétanos de ciervo, etc.; siendo Aecio y Pablo muy adictos á la "manteca de ganso." En compensación de esto, no dejan de encontrarse muchas ideas y sugerencias preciosas respecto al diagnóstico y tratamiento, como lo prueba indudablemente nuestra experiencia del pasado; y nada hay que justifique la creencia de haberse agotado tan ricos veneros.

La sabiduría de los árabes, lo mismo que la del resto del mundo, fué á su vez envuelta en la superstición é ignorancia de los siglos posteriores del oscurantismo, durante los cuales muchas de sus obras, como las de las escuelas de Grecia y Roma, se perdieron ó fueron destruidas; pero al volver á salir la sociedad de las tinieblas, vemos que al momento se sigue el hilo, aunque sin actividad ni energía, hasta principios del siglo diez y nueve.

Hacia mediados del siglo diez y siete vemos que Ambrosio Paré y

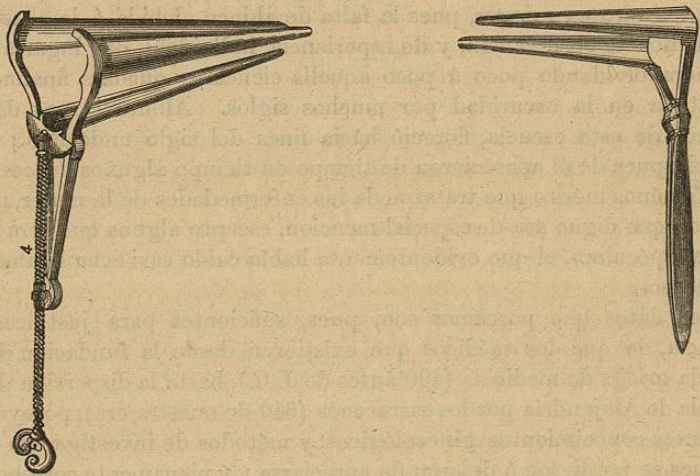


FIG. 1.—Spéculums antiguos de dos y de tres valvas. (Sculteto.)

Sculteto aluden con especialidad y muy por estenso al spéculum, y al modo de usarlo, representando bien el instrumento por medio de grabados, y notas de explicación.

"La fig. 1," dice Sculteto, "representa un instrumento llamado *speculum ani, vaginae et uteri*, porque con él pueden verse las úlceras del recto, de la vagina, y del útero, y examinarse cuidadosamente según su naturaleza y extensión."

Aecio y Pablo conocían sin duda un spéculum tubular, puesto que dicen "si el tubo del spéculum fuere demasiado largo," etc.; pero Sculteto, como ya se ha visto, presentó dibujos de spéculums de dos y de cuatro valvas muy parecidos á los que usamos en la actualidad. A propósito de esto, nos parece digno de mencionarse que en el Museo Borbónico de Nápoles existe un spéculum bivalvo que se encontró en las ruinas de Pompeya.

Ya hemos dicho que Aecio hace alusión á una sonda para reponer la matriz; pero no debe suponerse que fué esa la primera referencia hecha á tan útil instrumento, pues Hipócrates lo menciona con frecuencia. A continuación traducimos de la obra de M. Gallard,¹ uno de los seis pasajes que se atribuyen á Hipócrates.

"*Tratamiento para hacer fecunda una mujer estéril. Se llama la atención á la parte en que se trata de la reposición del cuello dislocado del útero.*

"Inmediatamente después que la enferma haya tomado un baño y una fumigación, ábrase la boca uterina reponiéndola al mismo tiempo, si fuere necesario, con una sonda de estaño ó de plomo, primero pequeña, después más grande, si pasa, hasta remediar la dificultad; sumérjase la sonda en cualquiera preparación emoliente—la que se considere mejor—y que debe hacerse líquida derritiéndola."²

Un biógrafo moderno de Harvey dice,³ "que los autores antiguos consideraban como un solo órgano la vagina y el útero, y cuando hablaban de la primera la llamaban '*uterus*' ó '*cervix uteri*.' A lo que hoy llamamos cuello del útero ellos llamaban '*cervix interno*, y según mis investigaciones no habían intentado ningún procedimiento operatorio en esta parte de la matriz cuando se hallaba en estado de vacuidad, antes que Harvey inventara su dilatador, ó usasen inyecciones de sulfato de hierro."

Por si en la citación anterior no se viere la prueba convincente de que se recomiendan aquellas manipulaciones para el cuello del útero, y no para la vagina, hé aquí otra de la misma obra, que no admite duda acerca de ello.

"*Tratamiento*⁴ *de los casos en que, por motivo de algún defecto del orificio uterino, no se retiene el fluido seminal.*

"En los casos en que el fluido seminal se escapa inmediatamente después del coito, la causa está en la boca de la matriz. Deben tratarse

¹ Leçons Cliniques sur les Maladies des Femmes, p. 115.

² Hippocrate, Œuvres Complètes, t. vii., p. 379.

³ Obstet. Journ. Great Britain and Ireland, vol. i., p. 26.

⁴ Gallard, ob. cit., p. 116.

de este modo : si el orificio está muy contraído, debe dilatarse con varillas muy pequeñas, de pino y de plomo." No es de suponerse que en casos en que el cóito era practicable, pudiese haber contraccion mas abajo del orificio esterno del útero que hiciese necesaria tal dilatacion.

El profesor Simpson asegura que los antiguos sólo usaban la sonda para dilatar el cuello, y no como instrumento explorador ó de medicion. El *specillum* de que hace mencion Aecio, se empleaba para la reposicion, miéntras que Hipócrates recomienda el uso de una sonda acanalada por un lado y cubierta de unguentos medicamentosos, "cuya sonda se introduce en el orificio uterino, empujándola el operador hácia adelante á fin de hacerla penetrar en la cavidad del útero. En derritiéndose el medicamento, puede retirarse la sonda."¹

Fué descrito por Wierus, en 1657, un estilete que se usaba precisamente como en el dia se usa la sonda uterina, destinándose con especialidad para la exploracion del útero ; é Hilken, Cooke y algunos otros hacen alusion al mismo instrumento (2).

Al examinar las principales obras de ginecología que vieron la luz en el siglo diez y ocho, observamos que se menciona frecuentemente el spéculum como cosa corriente en el tratamiento de las afecciones uterinas, aunque evidentemente no se usaba de modo que pudiese prestar eficaz auxilio en el diagnóstico ó el tratamiento. Hé ahí uno de los episodios mas curiosos que se encuentran en la historia de los descubrimientos de que tenemos noticia : un instrumento de suma sencillez y utilidad, no sólo había sido conocido en los tiempos antiguos, sino que, á pesar de haber caído despues en desuso, jamas fué completamente olvidado. Diferentes autores, hasta el mismo siglo diez y nueve, lo describieron sucesivamente, en lenguaje tan claro como posible ; y, sin embargo, ni autores ni lectores comprendieron su significacion ni apreciaron su importancia. Semejante á los indios con el diamante : todos lo veían, sin que ninguno de ellos sospechase su valor. Por ejemplo, ¿ cómo hubiera podido Ambrosio Paré, al escribir en 1640, explicar su uso con mayor claridad que en el capítulo xix de su obra, donde dice que las ulceraciones de la matriz pueden reconocerse "con la simple vista ó introduciendo el *spéculum*?" En un ejemplar de sus obras que se halla en la biblioteca del Profesor W. A. Hammond, la palabra spéculum, en la frase que acabamos de citar, está en bastardilla. Sculteto, como ya hemos visto, no sólo describió, sino que presentó con dibujos, este instrumento, en 1683.

En 1761 Astruc, al describir la oclusion de la vagina é impedimento para el flujo menstrual, dice : "No se necesita otra cosa sino examinar la vagina, introduciendo el dedo bien untado de aceite ; pero si esto no fuere suficiente, puede emplearse un *speculum uteri*, ó cualquier otro instrumento mas sencillo, para la dilatacion de la vagina, á fin de poder descubrir con la vista lo que no pudo apreciarse con el dedo."

¹ Gallard, ob. cit., p. 116.

Muchos suponen que Récamier inventó el spéculum en 1801, ó sea cuarenta años despues ; pero seguramente, lo que se le debe á aquel grande hombre, verdadero fundador de la escuela moderna de ginecología, no es un invento, sino el haber restablecido el uso de un instrumento que de un modo bastante estraño se había perdido de vista. Guiado por las indicaciones contenidas en muchas obras que debían formar parte de su biblioteca y que, en atencion á sus grandes estudios de las ciencias médicas, debe suponerse le eran muy familiares, se sirvió de un spéculum vaginal en 1801. Como sus predecesores, no apreció las grandes ventajas que aquel aparato debía proporcionar ; ni hay indicacion de que creyese haberlo inventado. Fué solamente en 1818 que lo dió á conocer á los médicos, colocándolo en el rango que correspondía á tan preciosa adquisicion para la ciencia. ¿ Puede presumirse que un talento como el de Récamier necesitase diez y siete años de estudios y esperimentos para la aplicacion práctica de un instrumento tan sencillo y tan útil ? ¿ No es mas probable que la esperiencia de diez y siete años le demostrase toda la importancia del aparato ? El mérito de Récamier no consiste en haber hecho una nueva invencion, sino en haber reconocido la importancia de una cosa que, aunque muy conocida, tanto de sus predecesores como de sus coetáneos, había sido mirada con indiferencia.

Aun ántes de esta feliz restauracion, hácia fines del siglo XVIII, ya los primeros destellos de la nueva era que estaba para inaugurarse podian descubrirse en las teorías avanzadas de Garangeot y Astruc en Francia, y de Denman, John Clark, y Hamilton, en Inglaterra. A principios del siglo XIX figuraban como notabilidades eminentes Sir Charles Clarke y el Doctor Gooch en Inglaterra, y Récamier y Lisfranc en Francia ; y, si bien no eran los únicos escritores de eminencia, es indudable que ellos eran los que principalmente formaban la opinion médica de aquella época.

Ya entónces se dividieron los ginecólogos en dos partidos, que, con alguna modificacion, persisten todavía. En Inglaterra había marcada tendencia á considerar la afeccion local como efecto, y no como la causa del desarreglo constitucional concomitante ; miéntras que en Francia se opinaba que la enfermedad uterina era el elemento principal, y que de ella dependía el estado general.

Las grandes ventajas del spéculum aseguraron su pronta aceptacion en Francia. Poco á poco, y á pesar de bastante oposicion, fué introduciéndose en Inglaterra, y ántes de que trascurriesen muchos años, se le reconoció en el mundo entero como uno de los muchos beneficios conferidos á la humanidad por la medicina. Una vez abierto por este instrumento el camino de las investigaciones, no tardaron en presentarse nuevos métodos para facilitar el diagnóstico y el tratamiento. Guilbert, en 1826, leyó ante la Academia de Medicina de Paris una memoria en que proponía la aplicacion de sanguijuelas al cuello del útero.

Samuel Lair en 1828 leyó ante el mismo cuerpo otra en que aconsejaba el uso de la sonda uterina. M. Melier en 1832 publicó un ensayo en que proponía dos innovaciones relativas al tratamiento de las enfermedades uterinas: la primera, inyecciones en la cavidad del cuello; y la segunda, aplicaciones locales al mismo, por la vagina, por medio de planchuelas de hilas empapadas en astringentes, narcóticos, etc. Sus opiniones se citan con frecuencia por los autores franceses, y Nonat dice que el autor reconoce "*avec une franchise qui l'honore*" que Boyle, Chaussier, Guillon y otros habían hecho uso de medios análogos poco antes que él. No deja de ser curioso el que, tanto Melier como todos sus comentadores, dejen de advertir que aquellas innovaciones, una y otra, se hallan mencionadas y desarrolladas por Astruc en su excelente artículo sobre las "*Ulceraciones del Útero*," en que describe con minuciosidad las aplicaciones de hilas medicamentosas, observando que conviene "atar un hilo á cada una de las planchuelas, á fin de poderlas retirar fácilmente cuando se las quiera cambiar." Este autor no solamente recomienda, para la cavidad del útero, inyecciones de agua impregnada de diversas sustancias, sino también de jugo de yerbamora, llanten, siempreviva, etc.; "Pues, como es importante, dice, que estas inyecciones penetren de lleno en la cavidad del útero, donde está la úlcera, es necesario que las haga un profesor de obstetricia que pueda introducir acertadamente la cánula en el orificio del útero," etc.

La cuestión de si el cáncer del útero era la manifestación local del estado general de la sangre, ó el resultado de una ingurgitación inflamatoria descuidada, se originó en aquella época, dando lugar á discusiones acaloradas y á teorías las más encontradas.

Récamier, lejos de contentarse con esponer á la vista el cuello del útero, se atrevió á explorar la cavidad del cuerpo del órgano, casi estableciendo el uso de la sonda, y aventurándose, en algunos casos, aun á raspar la membrana mucosa con una especie de pequeña cuchareta llamada *urette*. Además de esto, describió, por medio de uno de sus discípulos, el flemon de la pélvis, y fué el primero que, en los tiempos modernos, insinuó la posibilidad del hematocele pelviano.

Si los adelantos inaugurados por Récamier hicieron época en la historia de la ginecología; no ménos digna de memoria fué la época en que apareció en el terreno de las investigaciones Sir James Simpson, de Edimburgo; quien, hácia el año 1844, desarrolló y recomendó á la profesión muchos de los medios más importantes que para el diagnóstico poseemos en el día. A su genio y perseverancia se debe la utilización de la sonda uterina, cuyo uso Lair no llegó á generalizar, y el modo de dilatar la cavidad del cuello del útero, por medio de esponjas preparadas, á fin de examinar el interior mismo de este órgano. También dió á luz de tiempo en tiempo ensayos originales y valiosos sobre la flegmasía del tejido areolar de la pélvis, el hematocele, las dislocaciones del útero, etc. Justo es decir que fueron sus artículos los que

dieron el primer impulso al estudio de las dislocaciones del útero en Inglaterra; y que á sus esfuerzos se debe en gran parte el interés que, de algunos años á esta parte, ha escitado en aquel país la patología uterina. De esta última, poco caso habían hecho hasta entónces los médicos ingleses, habiendo sido casi exclusivamente obra de los patólogos franceses los adelantos que en ella se habían verificado. Es verdad que existía ya la excelente obra de Sir Charles Clarke; pero aun no se había despertado aquel vivísimo interés, que tan favorable ha sido para la ginecología. Mas el Profesor Simpson no era el único que se afanaba en la tarea. El Doctor J. H. Bennet, de Lóndres, jóven entónces, que había sido, durante algunos años, interno en los hospitales de Paris, volvió á su patria preocupado con las teorías que Récamier y Lisfranc habían imbuido en el ánimo de sus numerosos prosélitos. En 1845 apareció la primera edición de su obra sobre la "*Inflamacion del Útero*," y puede afirmarse que ningun tratado moderno, de cualquier ramo que sea, de nuestra profesion, ha ejercido tan decidida y profunda influencia. Trataba la materia con tal vigor y vehemencia, que si no convencía, por lo ménos atraía forzosamente la atención, produciendo una impresión innegable en el ánimo de los médicos, no sólo de su propio país, sino de Francia, Alemania y América. Aunque pocos piensen como él, es indudable que mucho le deben sus colegas, por haber despertado en ellos el interés y dirigido sus investigaciones. Los puntos que se han discutido con más insistencia en su obra, son: 1°. Que la inflamación es el agente principal en las enfermedades del útero, y que de aquella resultan las dislocaciones, ulceraciones, y afecciones de los apéndices de dicho órgano. 2°. Que las perturbaciones menstruales y la leucorrea son simplemente síntomas de aquel estado morbozo. 3°. Que en la gran mayoría de los casos, la acción inflamatoria se limita á la cavidad del cuello, sin extenderse á la del cuerpo del útero. 4°. Las ventajas de atacar la enfermedad en su sitio por medio de cáusticos fuertes. Hace veinte y seis años que apareció la primera edición de la obra del Doctor Bennet, y como durante este tiempo sus teorías han sido criticadas libremente, y combatidas con calor; y como también desde entónces él ha tenido más esperiencia, y lugar para reflexionar con más detenimiento, es interesante notar hasta qué punto haya modificado sus ideas. El *Lancet* de Lóndres contiene el resumen de un ensayo leído por él ante la *British Medical Association*, en 1870, en el que se observa un gran contraste con sus teorías anteriores.

Por la recapitulación con que el autor concluye su ensayo, puede apreciarse mejor su sentido.

"1°. Creo, que debido á la influencia de las doctrinas mecánicas llevadas al extremo, muchos médicos estudian de un modo demasiado esclusivo las dislocaciones uterinas, desconociendo las lesiones inflamatorias que vienen á complicarlas, y muy á menudo las determinan. 2°. Que la exploración para averiguar la existencia de complicaciones inflamatorias se hace muchas veces sin cuidado ni